

Juan Carlos Berrio Zaratiegui

Bálsamos y venenos

La droga como engaño



Título: Bálsamos y venenos. La droga como engaño
Autor: Juan Carlos Berrio Zaratiegui

Portada: Esteban Montorio

Edición

Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com
<http://www.txalaparta.com>

Primera edición de Txalaparta
Tafalla, noviembre 2000

Copyright
© Txalaparta

Fotocomposición

arte 4c

Fotomecánica

arte 4c

Impresión

Gestingraf

I.S.B.N.
978-84-8136-177-3
Depósito Legal
Bl. 1.796-00



«El que calla las críticas,
se hace cómplice de los errores»

Daniel Ortega

«Pues hacer verdad de mentira,
hacer mentira de verdad
¿no es la historia del pensamiento humano o
el pensamiento humano de la historia?»

José Bergamín

Las intenciones

Explicación de algunas intenciones

Una niña y un niño hablaban de drogas en un autobús: «¿Tú sabes qué es la droga?... ¿No?... Pues la droga son unas pastillas moradas que si comes muchas pierdes hasta el desconocimiento».

Al margen de la ocurrencia infantil, la definición de droga ofrecida por la niña es tan válida como cualquier otra de las muchas variadas y dispares que oímos por ahí. Particularmente nos gusta por esa alusión a la fantasía del color y por el empleo de la palabra desconocimiento.

Todo el mundo puede hablar de drogas. De hecho lo hace, tal como hemos comprobado con los niños del autobús. Que este hablar de drogas se haga con conocimiento de causa o no, es algo que nos trae sin cuidado. Al menos, por el momento. Nos importa más el qué y el por qué de lo que hablan. Sin perder de vista en ningún momento que cada cual es muy libre de hablar de lo que quiera. Faltaría más.

Nos interesa analizar, desmenuzar y explicar(nos) la percepción que tiene la gente sobre las drogas. Algunas personas han hablado de «la representación de la droga en el imaginario social». Una frase demasiado compleja para explicarla en

términos corrientes. Desde ya, avanzamos que vamos a tratar en todo momento de emplear un lenguaje vulgar, entendiendo precisamente por vulgar el contrapuesto al lenguaje técnico, complejo, científico... casi, casi, sinónimo de incomprendible. Vulgar viene de *vulgare*, que se traduce por dar a conocer al público una cosa. De ahí el verbo divulgar.

Así que emplearemos palabras, adjetivos y verbos que de otro modo serían cambiados por otros más adecuados y convenientes; entre otras cosas, por estar desprovistos de connotaciones negativas. Palabras, adjetivos y verbos que automáticamente nos suscitan rechazos, miedos y tópicos. Empezando por el término la droga (las drogas) y siguiendo con yonqui, heroinómano, drogadicto, tóxico, reinsertar, (des)engancharse, delincuencia, rehabilitar, ilegal, narcotráfico, mafia, lucha (carrera, jornada, partido...) contra la droga, sobredosis, estupefaciente, prevenir, colocar, sí, no, etc.

Habrá quien encontrará fallos metodológicos. Otros notarán errores en las palabras elegidas. Probablemente serán muchas las personas que estén en total desacuerdo con nuestros análisis e ideas. Tampoco importa. La intención es remover algo para dar entrada a la discusión y al debate. Cualquier cosa menos la razón de los tontos. O que nada cambie para seguir igual: dependientes.

Otras intenciones

Un periodista dijo en una ocasión que los expertos éramos tremendamente aburridos cuando hablábamos de drogas. Nosotros no emplearíamos el término «experto», pero eso ahora no viene a cuento. La situación es mucho más grave ya que estamos completamente de acuerdo con el periodista.

Por esto hemos intentado configurar un libro ameno a la par que asequible. Con esta intencionalidad nos fijamos en una técnica literaria muy sudamericana denominada andamiaje y que nos recuerda a la filosofía gestáltica alemana. Las personas tienden a percibir las cosas en su conjunto, por lo que es posible que de unos pocos fragmentos, la persona evoque de inmediato el conjunto en su globalidad. Trasladada esta filosofía a un libro, se traduce en que un tema tan vasto como el que nos ocupa pueda ser abordado y presentado a partir de unos cuantos fragmentos.

Declaración de principios

Nos declaramos radicalmente contrarios a cualquier política prohibicionista. Y esto lo queremos decir bien pronto.

El hecho de estar en contra no pasa necesariamente por tener que estar a favor de nada. Sencillamente, entendemos la independencia como un ejercicio de la libertad.

¿Y la dependencia?

Las fuentes

Todo lo que a continuación se va a expresar ha surgido a partir de una fuente. Afirmar lo anterior es tanto como no decir nada. Cualquier cosa que se expresa surge necesariamente de una fuente. El problema es en unos casos, demostrarlo, y en otros, asumirlo.

Analizado el contenido del libro, descubrimos que las fuentes del mismo son cuatro. A saber: la bibliográfica, la hemeroteca y similares; los testimonios; las fuentes informáticas; y, por último, la propia opinión.

Fuente bibliográfica puede ser todo aquello que se ha escrito a través de los libros. La hemeroteca, por su parte, es lo que la gente ha dicho a través de los diversos medios de comunicación, independientemente de su periodicidad y modo de difusión. En este apartado nos hemos tomado la licencia de incluir algunas referencias cinematográficas.

Tanto la una como la otra pueden ser fácilmente comprobadas y cotejadas en las referencias. Lo escrito permanece y las palabras se las lleva el viento –si antes alguien o algo no las recoge.

Las fuentes informáticas, vía Internet principalmente, también pueden ser cotejadas.

En lo que respecta a los testimonios, os tendréis que fiar de nosotros. Tan sólo os podemos asegurar que han sido recogidos, voluntaria e involuntariamente, en observación de campo.

Por último, la propia opinión. Como tal la asumimos, reservándonos el derecho a rectificar cuantas veces sea necesario.

La droga en la historia

Adán y Eva

Nuestro primer padre y nuestra primera madre fueron desterrados del Paraíso Terrenal por comer la fruta prohibida. Hasta ese momento todo había sido placer, felicidad y ausencia de mal. Si todo lo tenían y el goce era absoluto, si nada les faltaba y la paz era total, ¿cómo se explica ese impulso irrefrenable por consumir la dichosa manzana? Más si cabe, en tanto que en el Paraíso había millones de manzanas iguales a ésta...

Tras sesudas deliberaciones, sólo encontramos una explicación. La fruta había adquirido propiedades psicoactivas a partir de la prohibición. La manzana al ser prohibida, se convirtió en una droga.

El nepente homérico

Se calcula que Homero compuso la *Odisea* hace ya casi tres mil años. Tiempo en el que, tal como testimonian los versos homéricos, el uso de diversas drogas era corriente y puede que hasta normal.

A lo largo de la *Odisea* las celebraciones y agasajos hospitalarios son frecuentes, teniendo el vino siempre una presencia destacada. Con todo, los pasajes más conocidos de este

drama épico que hacen mención del uso de drogas son otros en los que el vino vuelve a aparecer, pero como bebida donde se disuelve otra droga.

Uno es cuando Circe convierte en cerdos a los compañeros de Ulises ofreciéndoles un vino de Pramnio al que había añadido «una droga maléfica para hacerles olvidar su patria». El mismo Ulises necesitará la ayuda de otro dios y de otra droga para evitar los efectos del filtro de Circe. El dios que le ayudó fue Hermes que le puso en conocimiento de la hierba «moly», de raíz negra y flor blanca como la leche, cuyos efectos impedían «la pérdida de la fuerza y la virilidad».

Más explícito y rico en datos es el pasaje que narra las tristezas y llantos ocasionados por el recuerdo de la muerte de Antíloco y cómo Helena «vertió en la crátera de la que bebían el vino una droga capaz de calmar el dolor, la cólera y disolver todas las penas. Mezclada con el vino impedía a quien la bebiese derramar en todo el día una lágrima, incluso aunque hubiese perdido a sus padres o ante sus ojos hubiera visto caer degollado a un hermano o un hijo amado. La hija de Zeus había recibido aquel bálsamo como regalo de Polidama de Egipto, esposa de Ton». Homero sigue aportando datos interesantes: «La tierra de aquel país produce con el trigo innumerables plantas, unas mortíferas, saludables otras. Los médicos egipcios, todos de la estirpe de Peón, son los más sabios del mundo».

La fama de estos médicos egipcios debía ser mucha y no era para menos, tal como comprobaremos con el papiro de Ebers. En lo que a las «innúmeras» plantas se refiere, todo parece indicar que se trata del cornezuelo de centeno, un hongo parasitario de las gramíneas sobre el que también volveremos más adelante.

El papiro de Ebers

Así llamado porque fue descubierto en 1872 por George Moritz Ebers; dos años después de su hallazgo publicó una traducción del papiro en *Le livre hermétique des médicaments*.

Es considerado como el tratado de medicina más antiguo que nos ha sido legado por escrito. Proviene de Tebas y tiene casi tres milenios y medio de antigüedad.

En él se hayan descritos cientos de remedios farmacológi-

cos. Sin embargo, la mayoría de los conocimientos en que se sustentaban estas prescripciones médicas han pasado como un misterio, sin posibilidad de ser resuelto. La explicación es que de los setecientos nombres identificados y aislados por Grapow y Von Deines en 1890, tan sólo nos es posible reconocer un puñado: el opio, varios tipos de bebidas fermentadas (alcohólicas), cannabis y algunas plantas de la familia de las solanáceas.

De entre los remedios descritos en el papiro, el más famoso es una curiosa fórmula para acallar a los bebés llorones y que consiste en una mezcla de granos de opio con excrementos de mosca recogidos de las paredes.

La utilización del opio a fin de propiciar el sueño infantil ha perdurado hasta nuestros días. En la Francia de principios de siglo, en las regiones del norte, se usaba el «durmierte», una infusión de cabezas de adormidera que se administraba a los niños para hacerlos dormir. Más reciente es la reseña de un tal George Le Fèvre que refiere cómo en época de crianza las madres afganas daban a sus criaturas unas bolitas de opio cada día, para que se estuviesen quietas.

Eleusis

En la llanura de la Argólida, a menos de cien kilómetros al oeste de Atenas, se localizan las ruinas del santuario de Eleusis. Unas cuantas piedras que, a excepción de las que restan del Telesterion, no nos transmiten gran cosa más allá del interés arqueológico.

Sin embargo, estas piedras fueron durante más de dos mil años testigo de las celebraciones místicas de Eleusis, unos ritos de gran importancia y transcendencia en la historia religiosa de la humanidad.

Según la leyenda, los misterios fueron instaurados por Triptólemo en conmemoración del rapto de Perséfone y del dolor que su madre, Deméter, padeció ante la pérdida de su hija. La diosa de la agricultura solamente pudo ver mitigado su dolor con la ayuda de la planta llamada *papaver somniferum*, es decir, con la amapola del opio.

Deméter, enojada con los dioses, buscó amparo en Eleusis. Aquí halló consuelo hasta que las divinidades tuvieron a

bien sacar a Perséfone de dentro de la tierra y devolvérsela a su madre. La diosa de los cereales, Ceres en versión romana, confiaría al pueblo eleusino el secreto de los rituales y de las técnicas de la agricultura; todo ello en agradecimiento por el refugio proporcionado en su época de dolor.

La interpretación del mito alude al ciclo de la agricultura y, por extensión, al de la muerte y la resurrección. La semilla (Perséfone) tiene que ser sepultada en la tierra para poder dar vida a una nueva planta. Sólo quien ha muerto tiene la posibilidad de germinar o resucitar, conceptos que vienen a significar lo mismo.

Los ritos que Deméter confió a Triptólemo se celebraban dos veces al año. En febrero tenían lugar los ritos menores, dedicados al regreso anual de Perséfone, justo antes del comienzo de la primavera. Las grandes eleusinas se celebraban en octubre, en honor de Deméter, y en las que los sacerdotes iniciaban a los peregrinos a través del «kykeon», una poción que los transformaba para siempre en «epóptai», aquellos que «han visto lo sagrado».

Entre estos iniciados figuran importantes personas, separadas algunas de ellas por una considerable tacada de años: Platón, Aristóteles, Esquilo, Sófocles, Píndaro, Cicerón, Aristides, Alejandro, Adriano, Marco Aurelio, etc. Todos debían guardar el secreto de lo que allí había acontecido; de lo contrario, el castigo era la muerte. No hay constancia de ninguna delación. Esquilo, originario del lugar, estuvo a punto de morir acusado de que en una de sus comedias había desvelado los secretos eleusinos. Por suerte para él, y para la literatura, la acusación no prosperó.

Incluso en la actualidad, la composición del «kykeon» se mueve en el terreno de la especulación. Aunque para algunas personas ya no hay ninguna duda al respecto. El principio activo del bebedizo eleusino, lo que hacía ver lo sagrado una sola vez en la vida, estaría en un hongo parasitario de los cereales, el cornezuelo de centeno. A la luz de esta hipótesis, adquiere significación el dibujo de una bella vasija sacramental griega, fechada entre 450 y 425 años antes de Cristo. El dibujo muestra a Triptólemo recibiendo varios presentes de manos de la diosa Deméter, entre los que se observa un manojo de espigas curvado por el peso de los granos, ¿lastrados, tal vez, por el cornezuelo de centeno?

El santuario fue destruido por Alarico en las postrimerías del siglo cuarto de nuestra era. Unos años antes, el emperador Teodosio había abolido los cultos, pero éstos siguieron celebrándose en secreto hasta la total aniquilación del lugar.

Alarico, emperador recién cristianizado, había decretado medidas severas y drásticas contra los cultos místéricos. Una nueva religión se imponía sobre los escombros de Eleusis. La Iglesia católica, con su casta sacerdotal instalada en el poder, instauraría esta nueva religión que iba a controlar las mentes y los actos de los hombres y las mujeres. Según Jonathan Ott, uno de los principales analistas de los misterios eleusinos, sobre las ruinas del santuario se cimentaron las bases de lo que él llama la «Inquisición farmacrática». Añade Ott que la destrucción de Eleusis era «la respuesta de la Iglesia católica al hecho comprometedor de haber expulsado toda la religión de la religión y haber dejado en su lugar una cáscara vacía y hueca sin valor intrínseco para los seres humanos, que sólo podía mantenerse por la intimidación, el tráfico de culpa y el empleo de la fuerza bruta». Tal y como se podrá comprobar en los siglos venideros.

Médicos I: Hipócrates (460-377 A.C.)

Nació en la isla griega de Cos, en el mar Egeo. Estudió medicina por tradición familiar, una costumbre muy extendida en aquella época. Abogó porque el saber médico se fundamentase en la ciencia, separándolo de la religión, la mitología y las supersticiones.

Entendía la enfermedad en el contexto en que ésta tenía lugar. Por ello, proclamaba que para un diagnóstico correcto era preciso averiguar cuanto fuese posible acerca del estado del paciente, su rutina diaria y su ocupación, sus antecedentes familiares y el medio ambiente en que vivía.

Aunque rechazó la especulación filosófica en materia médica, sí que dio por buena la doctrina humoral; según ésta las personas son de una u otra manera en función de los cuatro humores: frío, caliente, seco y húmedo. El desequilibrio humoral estaría en el origen de la anomalía conductual, la enfermedad y la muerte. La labor del médico ante este desequilibrio era restablecerlo y mantenerlo en los niveles adecuados. Siguiendo esta argumentación la doctrina hipocrática enten-

día que las drogas eran «las sustancias que actúan enfriando, calentando, secando, humedeciendo, contrayendo y relajando, o haciendo dormir».

Cuando en el siglo siguiente a la muerte de Hipócrates se procedió a reunir los textos médicos griegos en la biblioteca de Alejandría, a la colección resultante se le asignó el nombre de *Corpus Hippocraticum*. No todos los textos son atribuibles al médico de Cos o a sus discípulos, hay también textos provenientes de otras escuelas griegas.

Algunos de estos escritos dejan traslucir un sentido de la vida liberal y tolerante: «Conviene tomar baños calientes, dormir blandamente, embriagarse una o dos veces de tiempo en tiempo; entregarse al coito cuando se presente ocasión; dejar los ejercicios por el paseo».

El *Corpus Hippocraticum* es considerado como la base fundamental de la medicina ejercida en Occidente hasta prácticamente el siglo XVII. Aún hoy y a pesar de los esfuerzos de Paracelso, persisten varios dogmas establecidos en el mencionado Corpus; tal el caso del famoso juramento hipocrático que realizan todos los nuevos médicos y médicas al prometer «conservar la pureza y la santidad tanto de su vida como de su arte».

Crónica de un montaje

En el año 186 a. C., los cónsules Espurio Postumio y Quinto Marcio denunciaron que en Roma se estaban celebrando bacanales nocturnas. Tito Livio recogió documento histórico de estos acontecimientos, en lo que puede ser la primera crónica de una defensa del Estado contra la corrupción moral y el peligro social que el uso y consumo de drogas trae consigo.

Las bacanales denunciadas por los cónsules consistían en la celebración de ritos nocturnos en honor de Dionisio, la versión romana de Baco, el dios del vino. En estos rituales orgiásticos el alcohol, la jerga y el sexo jugaban un papel preponderante.

La denuncia dio origen por parte del Gobierno de Roma a una serie de actuaciones encaminadas al restablecimiento del presuntamente amenazado orden ciudadano y cuyo fin último estaba dirigido a la erradicación de los mencionados ri-

tos religiosos. En un análisis pormenorizado de estas actuaciones, siempre a partir del relato de Tito Livio, se puede extraer un esquema de represión ejercida por el poder que, curiosamente, se ha ido repitiendo hasta nuestros días. Por esta razón, la crónica de los hechos nos resulta, a más de uno, demasiado familiar.

Cuenta Livio que al percatarse Espurio y Quinto de la existencia de los orgiásticos cultos a Dionisio, decidieron abrir una investigación a fin de elaborar un informe detallado sobre los mismos. Para contar con testimonios de primera mano, introdujeron a personas de su entorno entre los practicantes de las bacanales. Las pruebas aportadas por estos agentes encubiertos serían determinantes en los juicios que tendrían lugar en una fase represiva más avanzada. Miles de personas fueron perseguidas y detenidas. Por primera vez, las puertas de Roma se cerraban para defenderse de sus propios moradores, de quienes habían caído en la plaga «que se diseminó como el contagio de una peste». El mal, por supuesto, había sido introducido desde el extranjero.

Los juicios se celebraron bajo fundamentos jurídicos difícilmente sostenibles. Había numerosas acusaciones de crímenes, pero los cuerpos del delito no aparecieron nunca.

Los documentos históricos dejan a las claras que todo fue un montaje legal, propiciado tras alguna trifulca familiar y sustentado posteriormente por el fortalecimiento de la autoridad de los poderes públicos. El poder necesita enemigos –reales o imaginarios– para perpetuarse.

El proceso duró más de seis años. El problema no desapareció en tanto duró la situación legalmente sostenida de crimen contra el Estado. Para entonces, nueve mil personas habían sido crucificadas o pasadas a cuchillo en cumplimiento de las condenas.

Médicos II: Galeno (129-199)

Claudio Galeno nació en Pérgamo, en la actual Turquía, formándose como médico en su ciudad natal, donde había un famoso templo en honor de Asclepio o Esculapio, dios de la medicina. Su formación la completó en Esmirna, Corinto y Alejandría. Se consagró profesionalmente en la Roma imperial.

Fue el médico particular del emperador Marco Aurelio, a quien durante más de veinte años alivió en sus achaques mediante la triaca magna, también conocida como triaca galénica. Esta receta contenía un 40% de opio, que era tomado a diario por el emperador desleído en vino.

Galeno entendió la farmacopea, en especial el opio, como algo mágicamente activo que actúa a la vez como remedio y veneno. Hacía mención a la magia porque no encontraba otra explicación a esta cualidad dual e insoluble de las drogas, merced a la misma puede curar y matar. Consideraba al opio como el medicamento con mayor potencial a la hora de inducir sueño soporífero y analgesia.

Reactualizó las doctrinas hipocráticas, con aportaciones personales y de los médicos romanos.

La autoridad de Galeno fue indiscutida durante toda la Edad Media, e incluso se hizo sentir su influencia bien entrada la Edad Moderna.

La amanita muscaria

En una guía de hongos, en el apartado de comestibilidad, apuntaban que «el recolector amante de la naturaleza no debe dejarse seducir por la belleza de esta seta, que es venenosa, aunque su ingestión raramente produce consecuencias fatales. Se le atribuyen efectos alucinógenos».

Efectivamente, la amanita muscaria es una seta que llama la atención por su porte y colorido. Tanto es así que en la portada de muchos libros dedicados a los hongos, aparece la fotografía de algún ejemplar. De hecho, será sin duda una de las setas cuya imagen se nos antoja más conocida entre aficionados y profanos a la micología.

En otros tiempos y en anteriores culturas, también llamó la atención del personal que, además de la atracción estética, sintió la ejercida por los efectos alucinógenos y embriagantes de la amanita muscaria.

Su consumo se menciona como uno de los ingredientes básicos en numerosos rituales mágico-religiosos anteriores al cristianismo. Estos ritos se encontraban muy extendidos por toda Europa y parte de Asia, por la zona de influencia indoeuropea.

Una de las hipótesis sobre la composición del *soma* hindú, apunta a esta seta. En las creencias védicas de los antiguos pobladores de la India, el *soma* era lo que confería a los dioses su inmortalidad. Según una de sus leyendas Varuna, el dios soberano, dio a beber el *soma* a Indra, para reforzar su ímpetu en la pelea mítica contra el dragón.

Posteriormente la amanita muscaria aparecerá en numerosas ocasiones, siempre ligada a ritos orgiásticos mágico-religiosos: druidas célticos, brujas y hechiceros medievales, chamanes, akelarres, etc.

El cristianismo se propuso erradicar todas estas prácticas. Sus ansias de expansión exigían imponerse sobre las demás religiones. A este fin, el hecho de acabar con el consumo ritual de hongos psicoactivos se convirtió en una de las tareas primordiales.

Curiosamente, cuando el cristianismo irrumpió siglos más tarde en América, se reencontró con este tipo de hongos y su consumo ritual y orgiástico por parte de los naturales del país. El estamento eclesiástico reprodujo los mismos esquemas persecutorios: primero prohibir y después perseguir y castigar a quien transgrediese la prohibición.

Médicos III: Avicena (980-1037)

Abu Ali al-Husayn ibn Abn Allah ibn Sina. Tras este largo nombre se encuentra un científico árabe al que en Europa rebautizamos con el de Avicena, para nosotros mucho más sencillo.

Fue médico, filósofo, matemático y astrónomo, conocedor del mundo clásico grecorromano a través de Bizancio. Junto con otros intelectuales árabes, facilitaron la recuperación del conocimiento y de la cultura de Occidente, tras los largos años de oscurantismo y control. Años en los que muchas prácticas médicas habían sido calificadas como obras del demonio. El uso del opio era el paradigma en esta persecución diabólica.

La cultura árabe recuperó la investigación farmacológica y actualizó el catálogo de hierbas medicinales, añadiendo algunas nuevas. El opio, el cannabis, las solanáceas, etc., fueron reutilizados en Occidente gracias a los árabes, que volvieron a colocarlas en el lugar que habían tenido desde tiempos inme-

morables. Es significativo a este respecto que una de las acepciones en árabe del opio sea *mash-allah*: presente de Dios.

La base de la terapéutica de Avicena es la dietética; los medicamentos no deben emplearse hasta haber agotado las posibilidades que los cambios en la alimentación o en el régimen de vida puedan producir. Sí que defiende y aboga por la utilización no sólo terapéutica de las drogas, es decir, como búsqueda del placer por sí mismo.

Avicena reunió todos sus conocimientos en una gran obra titulada *Al-Qanun fi-l-tibb* (*El Canon de la Medicina*), un compendio de todo el saber médico greco-latino junto con la contribución al mismo de los médicos árabes. De gran influjo en la medicina medieval, en muchas universidades europeas se siguió utilizando como libro de texto, incluso, hasta el siglo XVII.

Describió dos tipos de conocimiento: el racional y el infuso. En el primero habla de los conceptos de la existencia (lo real) y de la esencia (lo posible). El segundo conocimiento sólo es dado a algunas personas especialmente virtuosas en los sueños o en los momentos de éxtasis. También lo denominó como el conocimiento de los profetas. ¿Estaría Avicena hablando del conocimiento alcanzado a través del consumo de alguna droga visionaria?

La Cruzada Albigense

Con este nombre se conoce a la persecución propiciada por los papas católicos Alejandro III e Inocencio III contra los maniqueos, también conocidos como cátaros o albigenses. Esta cruzada causó un millón de muertes en las postrimerías del siglo XII y en las dos primeras décadas del XIII.

Los maniqueos establecieron en el Mediodía y en el sur de Francia una importante secta religiosa, en la que la Iglesia romana vio peligrar su poder y su control. La influencia de esta secta en toda Europa fue muy importante, eligiendo la ciudad francesa de Toulouse como centro de acción. Esta ciudad era en aquel entonces la segunda en orden de importancia cultural y económica, después de Roma. Tuvieron igualmente un fuerte asentamiento en Albi y Carcasonne.

El maniqueísmo data su origen hacia la mitad del siglo

tercero, cuando el profeta Mani Hayya (217-276) fundó esta religión en Irán. En los siglos posteriores tendría gran desarrollo e influjo, hasta constituirse, como hemos visto, en un serio rival del catolicismo. El mismo Agustín de Hipona (354-430), uno de los «padres de la Iglesia católica», fue un maniqueo renegado.

En sus orígenes las doctrinas maniqueas se configuraron a partir de un variado sincretismo, mezclando creencias e influencias: cristianismo, filosofía griega, mazdeísmo persa y budismo.

Los cátaros ponían en entredicho el derecho a la propiedad privada, siendo el voto de pobreza una cuestión fundamental en su práctica religiosa. Rechazaban la violencia y acusaban a la Iglesia católica de defender la beligerancia y el poder.

La guerra contra los albigenses acabó en el Tratado de Meaux (1229), en el que toda la Occitania francesa quedó supeeditada al rey francés y a la Iglesia de Roma. A fin de consolidar y ampliar lo convenido en el mencionado tratado, tres años después se celebró el Concilio de Toulouse. En este concilio se creó formalmente la Inquisición, cuyo cometido era investigar *–inquirere*, de aquí el nombrecito de la institución– y reprimir, con poder absoluto, los movimientos no católicos.

Algún historiador, libre de toda sospecha de anticatolicismo, ha apuntado que «más que eliminarlos del todo, lo que la Cruzada de los albigenses hizo en el sur de Francia fue hacer más prudentes a los herejes». Circunstancia esta que bien pudo estar en el origen de la Inquisición. La creación de este organismo se hacía necesaria en la consecución de los objetivos católicos; no hay que olvidar que una de sus máximas expresiones era constituirse en la única religión. Y, como veremos más adelante, en este cometido la Inquisición perseveró celosamente, llegando a «inquirir» a los herejes incluso después de muertos. «Si la culpabilidad de un hereje, habiendo escapado durante su vida al tribunal de la Inquisición, era establecida después de su muerte, su cadáver era desenterrado y quemado y sus bienes confiscados».

La rivalidad entre estas dos sectas religiosas, maniqueos y católicos, aparte de en las consabidas razones de poder, pu-

dieran explicarse en las distintas concepciones que ambas tenían de la «comunidad con Dios». Mientras el catolicismo abogó por una comunidad por transmutación, es decir, entrar en contacto con Dios mediante la sugestión y la toma de un placebo, el maniqueísmo había recuperado la esencia de las religiones místicas, en las que la comunidad sacramental se hacía a través de la ingesta de alguna sustancia psicoactiva. Se cree que la droga consumida en los ritos maniqueos era el hongo llamado amanita muscaria.

Curiosamente, algunos historiadores han querido ver un mapa europeo de zonas micofóbicas (enemigas de los hongos) y zonas micófilas (amantes de los hongos), en función de las áreas de influencia del maniqueísmo.

Asesinos

Hay una teoría según la cual el origen epistemológico de la palabra asesino viene de las montañas de Alamut, donde el persa Hassan Ibn Al-Sabbah, el primer «Viejo de la montaña», estableció la Orden de los Haschischins. Esto ocurría en el siglo XI. La orden fue exterminada en el siglo XIII por los mongoles y por los mamelucos. Mientras tanto se distinguieron por su ardor guerrero y lealtad a sus normas y creencias. Antes de partir hacia el combate tomaban una abundante porción de hashish. La fama de estos guerreros se acrecentó en las Cruzadas, donde se distinguieron por su bravura en contra de los cruzados, que irrumpían en sus tierras con afán conquistador. En varias ocasiones estuvieron a punto de acabar con la vida de Luis IX, rey, santo y principal instigador de «la guerra santa».

Entre algunos de los cruzados, la fama de los asesinos fue más allá y hubo quien los tomó como modelos a imitar a la hora de fundar su propia orden de monjes guerreros, dando origen a la famosa Orden de los Templarios.

La notoriedad de la Orden de los Asesinos llevó a varios cronistas a escribir sobre la misma. Así han llegado testimonios de un tal Gerardus de Estrasburgo (1170); de Arnaldo de Lubecque (1273); y también por medio de los relatos de Marco Polo en su *Libro de las Maravillas del Mundo*. Sobre la base de las crónicas de estos viajeros, principalmente las del venecia-

no, se cimentó la leyenda de la Orden, en la que hoy se hace difícil separar la realidad de la fantasía.

En el siglo XIX la leyenda volvió a gozar de popularidad merced a la edición de dos libros: uno francés, *Mémoire sur la dynastie des assassins et sur l'étymologie de leur nom*, escrito por Silvestre de Sacy en 1809, y el otro alemán, *Geschichte des Assassinen*, 1818, de Joseph Hammer. Ambos ejercieron gran influencia en círculos artísticos. Prueba de ello es la fundación a instancias de Théophile Gautier del Club des Hachichins. Este club celebraba sus reuniones en el parisino hotel Pimodan, ubicado en la isla de San Luis, el rey francés que estuvo a punto de morir a manos de los genuinos asesinos.

En estas reuniones el consumo de hashish era consustancial a su celebración y, según se desprende de los relatos de los propios participantes, el consumo de otras drogas debía ser habitual. Además de Gautier, fueron miembros de este peculiar club Moreau de Tours, Nerval, Baudelaire, Víctor Hugo, Balzac, Pradier, Chevenard, Barbereau...

La leyenda del Viejo de la montaña, tal como se configuró, contaba cómo el primero de estos viejos construyó en Alamut «el refugio del águila», y cómo lo transformó en un paraíso de belleza y placeres: jardines, fuentes de vino, leche y miel, mujeres que cultivaban todas las artes, incluidas las del amor... Los jóvenes adeptos eran llevados a este paraíso y se les dejaba disfrutar de él. Después, eran capaces de todo, cumpliendo cualquier cometido, con tal de serles permitida de nuevo la estancia en Alamut.

Las solanáceas

Ocupan un lugar destacado en la historia de las drogas. Hoy día su uso es prácticamente inexistente, relegado a algún experimentador curioso. Este escaso uso es debido a que el conocimiento popular de las plantas es prácticamente nulo entre la población en general. El progreso nos va alejando paulatinamente de la naturaleza.

Los componentes activos de estas plantas sí se utilizan, una vez sintetizados sus alcaloides: hiosciamina, atropina, belladonina, escopolamina... Todas ellas, sustancias integradas en la farmacopea química actual.

Las solanáceas más conocidas son la belladona, la mandrágora, el estramonio, el beleño negro y la patata. El empleo por sus propiedades tóxicas, terapéuticas, alucinatorias, embriagadoras o narcóticas se remonta hasta las civilizaciones más antiguas de las que tenemos noticias. Desde su presencia en el papiro de Ebers, hasta el Código mesopotámico de Hammurabi o las referencias a éstas y otras plantas del mítico emperador (¿o dios?) chino Shen-nung, treinta siglos antes de Jesucristo.

En la Edad Media el uso y conocimiento de las diversas solanáceas debieron estar muy extendidos. De esta época provienen multitud de datos y curiosidades en torno a las mismas; algunas de ellas son a todas luces producto de la fantasía popular, pero otras...

La raíz de la mandrágora en forma humana alimentó una de las leyendas más extendidas, según la cual, dicha planta se origina al caer al suelo el semen de los ahorcados. O que al ser arrancada de la tierra, lanza un grito que causa la muerte fulminante de quien lo oye.

El estramonio, por su parte, daría pie a la creencia de que, usada por las viudas y las mujeres poco agraciadas, atraía a los hombres. No especifican si agraciados o no. Según Da Costa, un médico portugués con afición a la etnobotánica, el uso era tan común «que pocas mujeres abandonadas hay que no tengan una buena provisión».

El beleño negro, siempre según estas lenguas populares, se extendería por toda Europa de la mano de los cingáros, que utilizarían sus propiedades narcóticas para dormir a las gallinas y desvalijar los gallineros.

Con su hermoso nombre, la belladona también tiene su leyenda. La planta se la debemos a Atropos, hija de la Noche y de Erebo, parca encargada de cortar el hilo de la vida. Atropina es uno de los alcaloides de la belladona, una de sus propiedades es dilatar las pupilas, «haciendo hermosas a las mujeres».

Las tesis científicas e históricas sostienen que el uso de solanáceas, junto con el de otras sustancias con propiedades psicoactivas durante la Edad Media, responde a reminiscencias de prácticas paganas anteriores al cristianismo. Unas prácticas contra las que la Iglesia, con la Inquisición a la cabeza, desató una implacable caza de brujas. Nunca mejor dicho.

La patata

La guerra de los Treinta Años (1618-1648) asoló todas las cosechas y originó una hambruna considerable. Los soldados, poco melindrosos en el comer, paliaron su hambre con patatas. Éste fue el inicio del empleo de la patata como elemento básico alimentario en Occidente.

Había llegado a Europa en 1542 procedente de América, pero su parentesco con ciertas plantas prohibidas la relegó a ser perseguida y mal vista por la moral imperante en la época. En ese tiempo, la Inquisición seguía inmersa en su particular guerra contra la alquimia de herejes, hechiceras, magos, brujas y demás drogadictos medievales. No nos debe extrañar que la patata fuese conocida como «la raíz del diablo».

Su expansión e implantación, se puede decir que se produjo dio a golpe de guerra y hambruna consiguiente. La necesidad hizo superar el recelo.

Médicos IV: Paracelso (1493–1541)

Philip Theophrastus Bombart von Hohenheim nació en Suiza y murió en Salzburgo (Austria); no está claro aún si se suicidó o lo suicidaron.

Está considerado como el fundador de la medicina científica. Químico, teólogo, filósofo y astrónomo, los saberes que apuntalaban los pilares de la medicina. La naturaleza está animada por un proceso vital inmanente que el médico debe tratar de activar para sanar al enfermo. Creía en la teoría de los contrarios, según la cual la humanidad y la naturaleza actúan por división y oposición. En consonancia con esta teoría, afirmaba que el Universo se acabaría en la separación de los elementos primordiales.

Fue el primer científico en identificar la vida como proceso químico. Despreció y trató de superar la medicina arcaica, dogmática y ortodoxa. Quemó públicamente los libros de Galeno y Avicena, incluida una bula papal. En repudio de todo esto, él mismo se puso el apodo de Paracelso, un alias que puede ser traducido como «por encima de Celso», en oposición a Aulo Cornelio Celso. Este médico romano del tiempo de Trajano, había recopilado el saber médico de su época en los ocho volúmenes del *De re medica*. Estos volúmenes fueron

redescubiertos en el siglo XV, gozando en el XVI de gran influencia y popularidad.

Redescubrió y dinamizó la utilización terapéutica de las drogas. Se le atribuye la invención del láudano como tintura de opio que contiene un 40% de alcohol. Para él, el opio era la «piedra de la inmortalidad».

Incorporó los metales como componentes en la elaboración de fármacos. Fue, asimismo, el primero en adoptar el nombre árabe de alcohol para designar el etanol.

Finalmente señalar que sugirió el concepto de homeopatía. Lo que enferma también cura, «sólo la dosis hace que algo no sea veneno».

Sobre la invención del láudano

En el fragmento anterior hemos apuntado que la invención del láudano se le atribuye a Paracelso. Sin embargo, parece claro que el láudano, al menos como mezcla en esencia de opio y alcohol, es un remedio conocido y usado desde antiguo.

Sea como sea, hay un médico inglés del siglo XVII cuyo nombre está unido a este medicamento. Nos referimos a Tomás Sydenham, considerado por alguno como el Hipócrates británico. Su receta de láudano ha llegado hasta nuestros días: «Tómese vino de España, 1 libra; opio, 2 onzas; azafrán, 1 onza; canela y clavo en polvo, de cada uno un poco; hágase cocer todo esto a fuego lento, al baño maría, durante dos o tres días, hasta que el líquido tenga la consistencia necesaria; fíltrese luego y guárdese para hacer uso».

La fascinación de este médico por el opio fue tal que, a decir de algunos, le llevó a proclamar a las claras lo siguiente: «No sabría privarme de decir con tanto agradecimiento como satisfacción que, entre todos los remedios que Dios todopoderoso, manantial de todos los bienes, ha regalado a los hombres para aliviar sus males, ninguno hay que más universal y eficaz sea que el opio».

En consecuencia, el propio Sydenham tomaba diariamente veinte gramos de su láudano y cuentan que a lo largo de su vida profesional, recetó unos ocho mil litros de su preparado.

Nicolás Remigius

Personaje del siglo XVI, también conocido como Nicolás de Remy. Fue un clérigo que se destacó en la región europea de Lorena como juez inquisidor. Participó en casi un millar de juicios donde la acusación central giraba en torno a prácticas de brujería. En estos juicios novecientas mujeres fueron condenadas a la hoguera, cumpliéndose la ejecución de la pena en todos los casos.

Remigius dejó testimonio de sus experiencias a través de un libro que escribió en 1595 con el título *Demonolatreia*. En sus páginas va narrando las confesiones de todas aquellas desdichadas mujeres acusadas de brujas. Así nos pormenoriza ayuntamientos con el demonio; el uso de ungüentos, pócimas y venenos a base de diversas plantas y sustancias (daturas, mandrágora, beleño, setas, sapos, etc.) que, bien ingeridas o bien untadas en diversas partes del cuerpo, producían las más diversas reacciones; akelarres y orgías; viajes a través de los mares y vuelos montadas en escobas, muchas veces con el palo de la escoba untado con drogas tóxicas y en contacto con las partes pudendas...

Verdad o mentira, realidad o fantasía, las novecientas mujeres acabaron sus días en la hoguera.

El implacable cura no debió quedarse con la conciencia demasiado tranquila. Un día se presentó ante su inquisitorial sucesor, confesando que había tomado parte en un akelarre. Él mismo redactó la acusación por la que fue condenado a purgar sus pecados en la hoguera.

El cornezuelo del centeno

Este pequeño hongo, cuyo nombre científico es *Claviceps purpúrea*, también ocupa un lugar destacado en la historia de las drogas. La mayoría, apelando a nuestra pretendida erudición en la materia, diremos que esta notoriedad es debida a que investigando sus propiedades fue como se descubrió la dietilamida del ácido lisérgico, más conocida como LSD.

En efecto, el 16 de abril de 1943, A. Hofmann, investigador de la Sandoz, descubrió fortuitamente sus efectos. Estaba analizando una serie de veintiséis derivados sintéticos del ácido lisérgico, concretamente, el derivado asignado con el

número veinticinco de la serie, lo cual explica la denominación de LSD-25.

Las circunstancias en las que Hofmann se topó con el LSD han sido profusamente tratadas en la literatura sobre droga. Hasta el punto que no es exagerado decir que ya han entrado en la mitología del siglo XX.

No pretendemos restar méritos al descubrimiento de este investigador, pero la razón de mencionar la importancia histórica de este hongo es otra. De hecho, más adelante volveremos a hablar del LSD y de Hofmann.

El cornezuelo del centeno ha jugado un importante y trágico papel histórico al ser el causante de una enfermedad denominada ergotismo. Esta enfermedad se manifiesta de dos maneras: en forma de convulsiones y como un tipo de gangrena. La primera se caracteriza por espasmos, contracciones musculares, seguidas de vértigos, alucinaciones, sudores, crisis de violencia y, finalmente, pérdida de la función intelectual. La forma gangrenosa se produce por la contracción de los vasos sanguíneos.

En la Edad Media, coincidiendo con épocas de hambruna, era frecuente. Llegó a originar terribles epidemias, como la desencadenada en Aquitania, en el 994. La mala cosecha hizo que no se desechasen las espigas contaminadas. Las consecuencias fueron que más de cincuenta mil personas murieron en esta región francesa a causa del ergotismo.

En Francia, el ergotismo era conocido como el «mal ardiente» o «fuego sagrado». La enfermedad no se relacionó con la harina contaminada hasta 1676. Esto no evitó que, en 1926, brotase en Rusia una epidemia que causó diez mil muertes.

A favor del hongo, añadiremos que el aislamiento de sus componentes, además del mencionado LSD, ha contribuido a la elaboración de otras sustancias. Así, remedios utilizados contra la hipertensión y las migrañas; también, medicamentos prescritos en ginecología y obstetricia, capaces de detener las hemorragias producidas tras el parto.

La historia del cornezuelo del centeno ilustra aquella máxima que viene a decir que el mal –si éste existe– hay que buscarlo más en el uso que hacemos de las sustancias, que en la sustancia misma.

Con coca trabajan más

Una de las primeras descripciones por escrito de la coca data del año 1505. La hizo Américo Vespucio, el que a la postre daría nombre a todo el continente.

Los conquistadores observaron desde el principio a sus conquistados y se fijaron que consumían sustancias extrañas de muy diversas maneras. Imbuidos como estaban de una moral religiosa inquisitorial y represiva, no tardaron en atribuir al Demonio la existencia de estas sustancias. Por lo tanto, su uso fue inmediatamente prohibido y perseguido.

Sin embargo, pronto descubrirían también las propiedades de las sustancias extrañas. Entre otras, el hecho cierto de que retrasaban la aparición de la fatiga.

La aplicación práctica de esta circunstancia a los intereses de los conquistadores, no tardó en llegar. Los indios trabajaban más y durante más tiempo con coca, los indios consumían coca, los indios podían recibir coca a cambio de su trabajo.

Esta política salarial se extendió rápidamente. Posteriormente ha sido constantemente imitada, utilizando como moneda de cambio tanto la coca como otras sustancias.

Por lo visto, las reservas morales por creencias religiosas no están reñidas con los intereses materiales. El cerro de Potosí, en Bolivia, encierra entre sus entrañas uno de los casos que con más claridad y crudeza refleja esta afirmación. Durante más de cuatro siglos miles y miles de indios han trabajado sepultados en el laberinto de sus galerías, negados tanto al tiempo como al espacio. El minero de Potosí ha trabajado a fin de obtener la coca suficiente, necesaria, imprescindible para poder seguir trabajando. En un círculo que sólo se ha cerrado con la muerte.

Aunque en otra dimensión y con menos crudeza, al padre Labat tampoco se le planteaban excesivas reservas morales a la hora de sacarles el máximo provecho a sus intereses. Este buen cura les decía a sus feligreses que él era antes negro y que por trabajar mucho y bien, Dios en pago lo volvió blanco. Esto ocurría en la Martinica de finales del siglo XVII, cuando la mayoría de la población era esclava por ser negra.

Potosí, hoy mismo

Los mineros bolivianos continúan en la actualidad arrancando martillazo a martillazo, barreno a barreno, las entrañas del cerro. Después de tantos años, explotan las vetas residuales en busca de la plata que todavía hay en esa mina. Los mineros siguen mascando coca para poder aguantar las condiciones infrahumanas de las galerías.

Hoy mismo, cientos de obreros, muchos de ellos niños, estarán en lo más profundo de la montaña. Con tres o cuatro buriles de distinto tamaño y un martillo irán haciendo un agujero en la roca. El movimiento de muñeca en esta labor, justo al golpeo del martillo sobre el buril, es tan monótono como característico. Prácticamente a ciegas. La escasa luz de una vela tiene que ser a la fuerza pequeña, si no está apagada. Como es sabido, el fuego puede consumir el escaso aire respirable que hay en ese minúsculo recoveco de la inmensa mina. Cuando el agujero es lo suficientemente profundo, introducirán la dinamita. Tras años y años de experiencia, no se alejarán demasiado y esperarán la explosión. Después sacarán la tierra al exterior, echándola en las tolvas para proceder al separado de los materiales. La mayoría de las veces, la plata ni aparece. Cuando lo hace, es en una proporción ínfima.

El cerro puede ser visitado. Los guías recomiendan a los visitantes que se aprovisionen de hojas de coca y les dicen que se las ofrezcan a los mineros que se vayan encontrando en su recorrido por la mina.

Hoy como ayer, el minero boliviano de Potosí masca coca. No sabemos si en el salario estará estipulado la cantidad de hojas a recibir.

La Guerra del Opio

Al margen de que en China se consumiese o se dejase de consumir mucho opio, esta guerra fue iniciada por Gran Bretaña por la misma razón que han sido iniciadas la mayoría de las guerras: intereses económicos.

El hecho de que las autoridades chinas decidiesen confiscar un importante cargamento de opio británico en el puerto de Cancún, fue utilizado como excusa para el inicio de las hostilidades bélicas. El opio confiscado provenía de las planta-

ciones indias, cuya producción pasaba en su totalidad a las redes comerciales de Gran Bretaña. No en vano en aquel entonces, la India se encontraba bajo el dominio inglés.

La dinastía Manchú quería sacudirse el yugo comercial de las potencias extranjeras, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Uno de los condicionamientos comerciales a que se veía sometida la administración china, tenía al opio como protagonista. Cuando las transacciones comerciales concernían a las exportaciones de productos chinos, los pagos de las potencias extranjeras se hacían en opio. Los chinos vendían algodón, por poner un ejemplo, y el pago se hacía en cantidades de opio; los chinos compraban máquinas de coser, por poner otro ejemplo, y el pago lo hacían en oro. Ante esta peculiar relación comercial, los Manchús pretendieron que así como ellos pagaban en oro, pudiesen realizar los cobros también en oro. Una aplastante lógica comercial.

La historia es conocida. Los aliados no sólo se opusieron a las pretensiones chinas, sino que, viendo en peligro sus intereses colonialistas, entraron en guerra contra China y, vencida ésta, le obligaron a firmar los llamados tratados desiguales.

En realidad hubo dos guerras. Una de 1839 a 1842, que finalizó con el Tratado de Nanjing, y otra de 1856 a 1860, con la firma en medio de un nuevo Tratado, el de Tianjin.

La agresión bélica concluyó con la toma de Pekín por parte de una fuerza franco-británica. El Palacio de Verano fue quemado. La victoria aliada obligó a China a firmar las Convenciones de Pekín cuyo contenido evidencia a las claras las intenciones que tuvieron los británicos en la Guerra del Opio.

Los puertos chinos fueron abiertos de nuevo al comercio internacional. Hong-Kong y Kowloon pasaron a ser propiedad de Gran Bretaña. Se obligó a China a admitir el asentamiento de colonias de extranjeros con la condición administrativa de extraterritorialidad. Esta condición establecía que la mayoría de extranjeros en China estaba bajo la única jurisdicción de sus respectivos consulados, por tanto sólo estaban sujetos a las leyes de sus países de origen. Los extranjeros quedaban prácticamente inmunes. Se marcaron los aranceles sobre los bienes importados por China de manera que, al tiempo, la economía del país asiático se encontró bajo total control extranjero.

Los tentáculos de la Guerra del Opio se alargarán hasta el 1 de enero de 1999, fecha en la que todas las televisiones del mundo retransmitirán en directo la devolución británica de Hong-Kong a China.

Jardine, Matheson and Co.

James Matheson y Willian Jardine fueron dos personajes que, como muchos otros, crearon una próspera empresa de importación-exportación, basando su éxito comercial en la victoria inglesa en la Guerra del Opio.

El primero era un antiguo médico inglés de la Compañía de las Indias Orientales y su socio un escocés que ejercía de cónsul de Dinamarca en Macao. Este cargo les servía para encubrir el negocio de la venta de opio a China y la exportación, como contrapartida, de oro, plata y obras de arte antiguas a Occidente.

La Jardine, Matheson and Co. se convertiría con el tiempo en una «respetable» compañía comercial asentada en Hong-Kong, la colonia propiedad de Gran Bretaña. Tan respetable que un descendiente de Jardine se vanagloriaba en 1962 de que su empresa no había cedido ante las ofertas chinas de toneladas y toneladas de opio. Según esta misma fuente, algunas de estas ofertas habían sido realizadas desde instancias oficiales del gobierno chino. Pero ellos, en 1962, ya no eran traficantes de drogas.

De Quincey y Baudelaire

Entre otras cosas, fueron dos famosos drogadictos del siglo XIX. Ambos trasladaron sus experiencias personales con diversas drogas a su producción literaria. De Quincey, por medio de *Diario de un inglés comedor de opio* y Baudelaire, con *Los paraísos artificiales*. Lo hicieron en otros muchos escritos y testimonios, pero éstos son los más conocidos y referenciales.

A propósito del inglés, se dice que su libro instauró el modelo a seguir a la hora de expresar mediante palabras escritas los efectos de las drogas. En esta toma de modelo se produce un curioso fenómeno de imitación, hasta el punto de que, posteriormente, los drogadictos con aficiones literarias, reproducirán las mismas imágenes descritas por De Quincey, incluso con sus mismas palabras.

La intelectualidad francesa e inglesa del siglo XIX estaba culturalmente interesada por las alucinaciones, los itinerarios del sueño, pesadillas, el inconsciente, el potencial de la mente, la creatividad, el delirio, la ilusión, las visiones fantásticas, la locura. En este contexto, no es de extrañar que los efectos de las drogas les suscitase interés en la mayoría de los casos y, en algunos, llegase hasta la fascinación.

Muchos de estos intelectuales, escritores, médicos y pintores principalmente, fueron grandes consumidores de opio en diversas formas, hachís, éter, alcohol, belladona, digital... Algunos buscaban fármacos analgésicos para aliviar dolores, pero incluso en estos casos, la fascinación por los efectos psíquicos jugaba un papel primordial .

«Frente a la vida real, decepcionante y dolorosa, tú (opio) improvisas una vida fantástica, brillante y colorista», que diría Eugène Sue.

Las relaciones con las drogas eran contradictorias, con continuas idas y venidas entre la atracción de índole intelectual y el rechazo por los efectos físicos adversos que causan malestar y dolor. El mismo Baudelaire utilizaba la imagen del infierno como destino de los que iniciaban la búsqueda artificial de paraísos. No por ello dejaba de describir los suyos propios.

Tanto De Quincey como Baudelaire han sido objeto de constantes ataques, acusados de incitadores al consumo de drogas. Los dos, al igual que la mayoría del resto de drogodependientes, ya pasaron su particular gloria y calvario. La diferencia estriba en que dejaron testimonio de ello por escrito. Las críticas están fuera de lugar o se deben a otras razones. Además es más que probable que estas mismas críticas sean las que realmente hayan incitado al consumo.

Droga, locura e investigadores.

La esquizofrenia ha traído locos a los psiquiatras desde hace mucho tiempo. Algunos representantes de este interesante gremio han experimentado con diversas drogas tratando de poder entender así los recovecos de la esquizofrenia. Muchos de ellos con la esperanza de descubrir la curación de la locura a través de las drogas.